



Las casas de la Cooperativa

A mi primo Gonzalo Larumbe,
con quien tanto aprendía

Ion Arretxe

Hace muchos años mi padre era uno alto que trabajaba en Luzuriaga, cantaba en la coral Andra Mari y vivíamos en las casas de la Cooperativa.

En las casas de la Cooperativa había un muro blanco donde en letras en relieve y hierro decía “Cooperativa de Viviendas San José Obrero”.

Obrero era mi padre. Mi madre, sus labores.

Sus labores eran tantas como los trabajos que dan siete hijos. *Zazpiak Bat*. En la entrada de casa teníamos una talla de madera con el escudo de Euskal Herria y la leyenda *Zazpiak Bat*, siete en uno. Yo, al principio, pensaba que se refería a nosotros, tres chicos y cuatro chicas. Pero una vieja canción me enseñó la verdad.

La verdad es que yo no me enteraba de mucho. Pero lo intentaba. Tal vez la vida consista en ese intento.

Intento recordar muchas noches, antes de dormir, uno por uno a todos mis vecinos de las casas de la Cooperativa. Y mi pensamiento se desliza por cada uno de los portales subiendo escaleras arriba desde el primero hasta el cuarto piso. Número uno primero izquierda... número uno primero derecha... y así me voy colando en todos los hogares hasta que me duermo acompañado con los vivos recuerdos de los vivos y los apagados recuerdos de los muertos.

Los muertos son los ex de la vida. Ni más ni menos.

Menos mal que no había demasiado tiempo porque en el rato de entre después de comer y la vuelta al cole solíamos jugar un partidito de fútbol a veinticuatro goles. Y algunos días, si acabábamos empatados, nos daba tiempo para una prórroga. El pichichi contaba los goles a millares. Y eso que no subían al marcador los que se metían de portería a portería.

“De portería a portería, churrería” y “La ley de la botella: el que la tira va a por ella” eran las principales reglas cuando jugábamos a fútbol en el parque.

El Parque, nuestro Parque, un espacio rectangular entre dos bloques de casas era el auténtico corazón de las casas de la Cooperativa. Lo mismo servía para campo de fútbol que como pista de tenis o de patinaje. Era además el patio de nuestros juegos, nuestra escuela de la calle y el océano mar de nuestras aventuras.

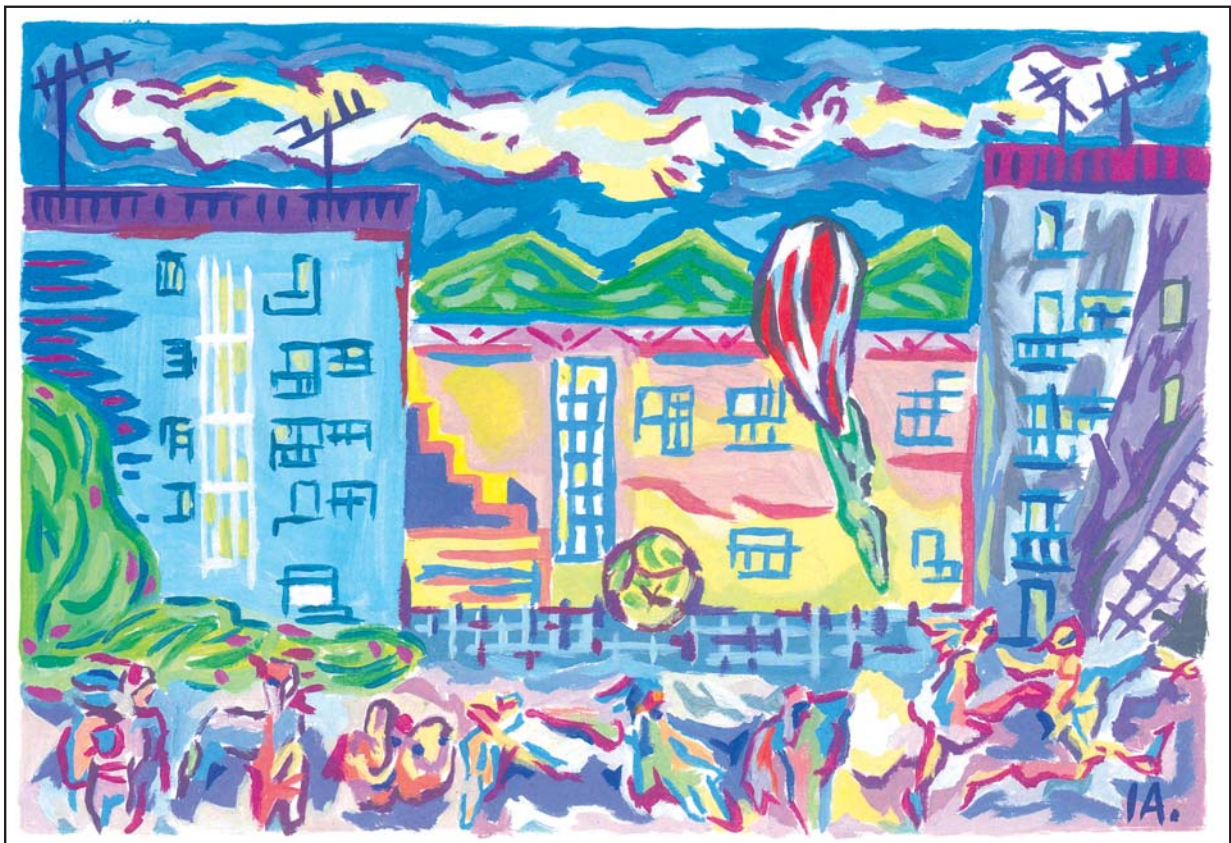
Nuestras aventuras más exóticas solían ocurrir en la “Guarre”, un pedazo de selva en plena civilización, un reino de zarzas y de guarrería –de ahí su nombre– más allá de los límites de las casas de la Cooperativa.

Las casas de la Cooperativa limitan al norte con los números pares de la calle Parque, al sur con la Avenida de Galtzaraborda, al este con la rotonda del kiosco y al oeste con la “Guarre”.

La “Guarre” es tierra de nadie. Un territorio neutral donde librábamos guerras a pedrada limpia y donde fumábamos después la pipa y los cigarros de la paz con caladas tan largas como las primeras tardes del verano.

Las primeras tardes del verano caían llenas de promesas y de un aire cálido que nos hizo creer que la infancia no acabaría nunca.

Nunca lo volvimos a hacer. Alguien que nos vio habló con los obreros, los obreros con el encargado y este mandó que todos los días, al acabar la jornada, la cuerda de la polea que colgaba del tejado quedara bien recogida y así los chavales no se colgarían de ella ni se balancearían haciendo el Tarzán por delante de la fachada lateral de la casa a una altura más que considerable, ya que se lanzaban –debido al desnivel del barrio– desde la calle de arriba, alcanzando unas velocidades de vértigo que no sé todavía cómo no se ha matado nadie.



Nadie podía imaginar que habíamos descubierto una manera de acceder a los bajos desde el cuarto de contadores del portal.

Los bajos de las casas eran por aquel entonces una zona desaprovechada, una cámara de ventilación entre los cimientos y las viviendas, poco más. Nos escondíamos en el bajo con la única intención de desaparecer, de hacernos invisibles. Habíamos intentado otros métodos, algunos excesivamente complicados, y éste resultó ser el más eficaz de todos.

Todos los veranos nuestro padre encendía la hoguera de San Juan. Echaba un poco de gasolina a la montaña de muebles y trastos viejos y le prendía fuego. A la luz de las llamas mi padre me parecía un hombre importante.

Un hombre importante, más importante aún que mi padre, se presentó en cierta ocasión con una ordenanza municipal según la cual se prohibían las hogueras, fueran éstas de San Juan, de San Pedro, o de San Dios. Así mismo lo dijo.

Dijo que habíamos hecho una guerra contra los de la Farmacia y que habíamos ganado.

—Y los de la Farmacia ¿qué crees que dirán a sus madres?

—Pues que han ganado ellos...

Ellos eran cualquiera que no fuéramos nosotros. Ellos eran los de la Farmacia, los del Marqués, los de la calle Yanci, los de la Vía Maquinilla...

Enemigos por el hecho de vivir al otro lado de la calle. Amigos en cuanto nos conocíamos un poco.

Un poco más... un poco más alto... A veces, en sueños, vuelo desde el balcón de casa hasta las campas de Alaberga, al otro lado de las vías del topo.

Más que volar me dejo llevar por el viento como un avión de papel. No llego demasiado lejos, es verdad. Pero me divierto. Y me doy el gusto de volar. Y hasta hay veces que me permite una considerable ventaja sobre mis perseguidores a los que dejo atrás, con un abrir y cerrar las alas, en algún rincón de la pesadilla.

Pesadilla era la vuelta del colegio después de haber hecho una guerra contra los de la Farmacia. En el camino a casa o bien pasabas por su calle —que formaba parte del itinerario habitual— y te exponías a su sed de venganza, o bien dabas un complicadísimo rodeo por calles y barrios poco habituales y nada seguros contra los que, probablemente, nuestra política exterior también tenía alguna deuda pendiente.

Pendientes del paracaidista estuvimos dos o tres días y después lo abandonamos a su suerte. Alguien jugaba lanzando un paracaídas de juguete y en uno de los saltos se le enredó en un cable que cruzaba de lado a lado el parque y ahí se quedó. Contraviniendo los dictados de la Convención de Ginebra lo intentamos con todo tipo de proyectiles. Pero ni las piedras ni los perdigones de una

carabina lo hicieron caer a tierra. Y ahí sigue, para siempre ... o casi siempre.

Casi siempre que la muerte asomaba por el barrio era para recordarnos que no se había olvidado de nosotros.

Nosotros, desde muy pequeños, aprendimos a distinguir y a nombrar los diferentes territorios en los que –como cualquier país imaginario– se dividía el barrio. Así llamábamos el Verde al más extenso de los jardines. Parque al Parque. Hacia el sur se extendían el Puente, los Columpios y la Txirristra, que debían sus nombres a las instalaciones infantiles que presidían cada una de las plazoletas.

Y en la parte más alta “Arribadeltodo”, faro del fin del mundo de nuestro pequeño gran barrio.

Nuestro pequeño gran barrio, cuando lo vemos desde un avión, tiene la forma de un triángulo rectángulo.

El más largo de sus catetos, el que sirve de base al triángulo, discurre por la acera de los impares de la calle del Parque.

El otro, lleno de escaleras y trompicones, salva como puede el acusado desnivel sobre el que construyeron las casas.

Y la hipotenusa, larga y orgullosa como suelen ser las hipotenusas, se pavonea de un extremo al otro exhibiendo con orgullo su título de Avenida.

En la Avenida de Galtzaraborda nacen las tres calles que forman el barrio. Tres calles cortas, y las tres sin salida y de un solo carril. Los coches, obligatoriamente tienen que salir marcha atrás poniendo a prueba la habilidad de los conductores.

Ahí donde la maniobra ofrece más dificultad hay una farola que, de tanto en tanto, ilumina a las hormigas cuando alguien no calculó bien del todo.

Todo el tiempo no lo pasé jugando. Pero jugando aprendí que no estaba solo en el parque. He necesitado a los demás tanto como ellos a mí y si alguna vez lo olvido viene la soledad a recordármelo. Me encuentro con una chica que me llama vecino y en sus ojos brillan los buenos recuerdos.

Tienes una montaña de cromos repes que nunca podremos cambiar, y eso es lo peor.

Lo peor de jugar al béisbol era que si al batear alguien conseguía colar la pelota en alguna casa y esa casa era de alguno de su equipo, su madre no devolvía la pelota hasta que no hiciesen las carreras necesarias para ganar el partido.

Eso era lo peor cuando tú eras del equipo de los que tenían que recuperar la pelota. Porque si eras del equipo bateador y la pelota caía en tu casa, entonces era lo mejor.

Lo mejor de escondernos en los bajos de las casas era que nos escondíamos más cerca aún que si lo hiciésemos delante de sus narices. Era como si nos escondiésemos dentro de ellos.

Ellos eran cualquiera que no fuéramos nosotros. Ellos eran nuestros padres, nuestras madres o nuestros vecinos.

Ellos eran los que ya no sabían divertirse con nuestros juegos.

En nuestros juegos había países de tiza, barcos de cajas de cartón y supermercados hechos de yerbas y piedrecitas.

En nuestros juegos había un gavián con las alas recortadas que alguien trajo al final de un verano y volaba desde el balcón como suelo volar yo en algunos sueños. En nuestros juegos había chapas, canicas, muñecas con la cara pintarrajeada y muchos niños y niñas que éramos nosotros mismos. Pero eso era hace muchos años, cuando mi padre era uno alto y vivíamos en las casas de la Cooperativa.

